

FRANCISCO VILLAESPESA

EL PATIO

R-7947-A

DE LOS

ARRAYANES

POESÍAS



MADRID : MCMVIII
IMPRESA DE BAL-
GAÑÓN Y MORENO :
PELAYO, 36 *****

COLECCIÓN «APOLO»

POESÍAS

COLECCIÓN «APOLO»

I. EL PATIO DE LOS ARRAYANES (Francisco
Villaespesa).

Volúmenes de:

ANTONIO MACHADO.
MANUEL MACHADO.
JUAN R. JIMÉNEZ.
GUILLERMO VALENCIA.
JULIO FLOREZ.
RUBÉN DARÍO.
EDUARDO MARQUINA.
JOSÉ SANTOS CHOCANO.
EMILIO CARRERE.
AMADO NERVO.
FRANCISCO VILLAESPESA.
ALFREDO GÓMEZ JAIME.
ALFREDO BLANCO.
ANDRÉS GONZÁLEZ BLANCO.
ANTONIO DE ZAYAS.
LEOPOLDO LUGONES.
RICARDO JAIME FREIRE.
JUAN PUJOL.
NILO FABRA.
EUGENIO DE CASTRO.
GABRIEL D'ANNUNZIO.
MAURICIO MAETERLINK.
JOSÉ MARÍA HEREDIA.
ANTONIO NOBRE.

COLECCIÓN «APOLO»

I

EL PATIO DE LOS ARRAYANES

OBRAS DE FRANCISCO VILLAESPESA

POESÍA

<i>Intimidades</i> (3. ^a edición).....	2 pesetas.
<i>Flores de almendro</i> (2. ^a ídem).....	2 »
<i>Luchas</i> (3. ^a ídem).....	2 »
<i>Confidencias</i> (agotada).	
<i>La copa del Rey de Thule</i> (3. ^a edición).....	2 »
<i>El alto de los bohemios</i> (2. ^a ídem).....	2 »
<i>Rapsodias</i>	2 »
<i>Las canciones del camino</i>	2 »
<i>Tristitia Rerum</i>	3 »
<i>Carmen</i>	2 »
<i>El patio de los arrayanes</i>	3 »
EN PRENSA	
<i>Viaje Sentimental</i>	3 »
<i>In Memoriam</i>	5 »
<i>El mirador de Lindaraxa</i>	3 »

DE PRÓXIMA PUBLICACIÓN

La trilogía de la Vida:

- I. El libro del Amor.
- II. El libro del Dolor.
- III. El libro de la Muerte.

Las horas que pasan.
Visiones de España:

- I. Granada.
- II. Toledo.
- III. Sevilla.

TEATRO

La trilogía del Islam:

- I. El Alcázar de las Perlas (tragedia antigua).
- II. El Suspiro del Moro (ídem).
- III. Abcn-Humeya (ídem).

César Borgia (leyenda trágica).

PROSAS

PUBLICADA

El milagro de las rosas (novela).

EN PRENSA

El libro de los Milagros (novelas cortas)..... 3,50 »

EN PREPARACIÓN

Astarte (novela).

Vida y arte.

Cuentos bárbaros.

TEATRO

EN PREPARACIÓN

Idolos rotos (tragedia moderna).

Sacrificada (ídem).

El triunfo (ídem).

FRANCISCO VILLAESPESA

EL PATIO

DE LOS

ARRAYANES

POESÍAS

MADRID : MCMVIII
IMPRESA DE BAL-
GAÑÓN Y MORENO :
PELAYO, 36 *****

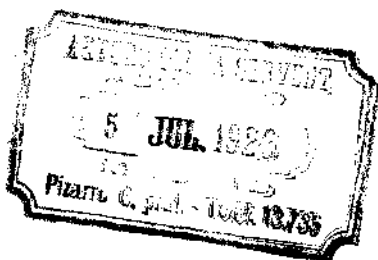
ES PROPIEDAD

A
VARGAS VILA
EL SUPREMO EXALTADOR DE LA VIDA,
CORDIALMENTE

El Autor.

UN JARDÍN DE ENSEÑO
EN LAS INQUIETUDES DE LA VIDA

AUTORRETRATO



Por la espaciosa frente pálida y pensativa,
desciende la melena en dos rizos iguales.
Negros ojos miopes, gruesa nariz lasciva,
la faz oval y fina, los labios sensuales.

Sobre el flexible cuerpo, perturban la negrura
del enlutado traje que su dolor retrata,
el d'annunziano cuello con su névea blancura
y con manchas sangrientas la flotante corbata,

Apura un cigarrillo Kedive, reclinado
en un diván oscuro, y entre el humo azulado
del tabaco, sus ojos contemplan con amor

el azul de las venas sobre las manos finas
dignas de rasgar velos de princesas latinas
y ceñir el anillo del Santo Pescador.

OARISTOS.

PARA TULIO M. CESTERO

I

Bajo el fúnebre casco de tu pelo
hay en tu rostro una avidez malsana,
y en tu carne morena de gitana
un acre aroma de pantera en celo.

Hecha para el amor y los placeres,
tienes la eternidad de un bronce griego...
Tu cuerpo es llama viva, tu alma fuego...
¡Cleopatra debió ser como tú eres!

Tus finas manos de marfil imprimen
en la carne nerviosa sacudida...
Son tus ojos dos vértigos de crimen...

Y esbelta y ágil, insaciable y fuerte,
la adelfa de tus labios dá á la Vida
la palidez sagrada de la Muerte.

II

Bajo la protección de tus pupilas
regresaba el rebaño á los rediles,
entre un temblor metálico de esquilas
y un desgranar de flautas pastoriles.

Y un mastín de pupilas encendidas,
hirsuta piel y corpulencia brava,
entre las altas hierbas florecidas
las huellas de tu paso rastreaba.

Ceñí tu talle, al expirar el día,
bajo el verde nogal que protegía
la clara fuente de sonoros caños...

Allí nuestros corderos se mezclaron,
y desde aquella tarde, pernoctaron
en un mismo redil nuestros rebaños.

III

A través de la túnica, la nieve
y el rubor de tus rosas se revela...
Tu espíritu es más ágil y más leve
que el fino tul que tus encantos vela.

Al tálamo nupcial desnuda vienes
de espíritu y de carne. Tiemblan todas
las purezas en tí, mientras detienes
tu planta en el umbral de nuestras bodas.

De ternura y de amor tu cuerpo ungiste
y de piedad las manos. La Pureza
es el único velo que te viste...

¡A mi lecho nupcial sé bienvenida!
¡La inmortal juventud de tu belleza
eterna juventud dará á mi vida!

IV

Lo presentido de tu carne llega
bajo los oros de la tarde clara,
con la alegría de una virgen griega
que va á ofrendar sus velos en el ara.

Y se enciende al ardor de mi deseo
—pupila extática, boca lasciva—
tu correcto perfil de camafeo
como tallado en una llama viva.

Tiembla tu intacta lámpara. Presiente
el tibio soplo de mi labio ardiente,
viendo en el blanco muro, estremecida

pasar la sombra de tu mano única,
desatando los broches de la túnica
para el supremo triunfo de la Vida.

V

Al borde de la túnica blanquea
la maravilla de tu pie desnudo...
¡Para ser otra Palas Athenea
solo te falta el casco y el escudo!

Las palomas de Eros, sorprendidas,
al verte, huyeron del indócil niño,
á arrullar sus amores, escondidas
bajo la gasa azul de tu corpiño.

En tus gestos se esculpe la suprema
euritmia de una estatua ó de un poema.
Es música tu voz, y cuando cantas

las aves en los cielos se detienen,
y los leones, silenciosos, vienen
á lamer la blancura de tus plantas.

VI

Un perfume de muertas primaveras
resucita en el aire, cuando empañas
la tentación azul de las ojeras
con la sombra fugaz de tus pestañas.

La ajada palidez de tus mejillas
evoca al pensamiento gris y triste,
lo frágil de las rosas amarillas
que en último otoño me ofreciste.

Con los ojos cerrados, pensativa,
tan inmóvil y pálida, pareces
una muerta soñando que está viva.

Y es tu mano tan blanca, que hoy, apenas
bajo la nieve de sus palideces
azulea el relieve de las venas.

VII

Ella desnuda y tímida reía
al ver en los cristales de la fuente
su imagen que en la linfa transparente
sus íntimos secretos descubría.

El agua de placer se estremecía
al copiarla en su seno. Y sonriente,
con gestos de pudor, en la corriente
la punta de los pies humedecía.

Miró brillar, de pronto, llameantes
mis ojos, en la verde Primavera
de las frondas. Los senos palpitantes

se cubrió con las manos temblorosas,
y bajo el oro de su cabellera
fué su cuerpo un relámpago de rosas.

VIII

El aire era mortal como un veneno,
y en el febril perfume de la siesta
se hinchaba, bajo el sol, igual que un seno
el verde corazón de la floresta.

Sorprendí tu blancura en el descanso
del baño, bajo el palio de la umbría...
El agua transparente del remanso
era el solo cendal que te envolvía.

Hubo un hervor de espumas en las ondas;
al sentir mi contacto, diste un grito:
y trémulas de amor vieron las frondas

en las aguas azules y serenas,
entre mis brazos, renovarse el mito
de los Tritones y de las Sirenas.

IX

Del río en los remansos cristalinos
deshojaba el crepúsculo sus flores,
y turbaba la paz de los caminos
el ¡evohé! de los vendimiadores.

Cruzó un temblor de flautas en el viento.
Las frondas eran al amor propicias.
Se insinuaban besos en tu acento
y en mis manos temblaban las caricias.

Sobre las hierbas verdes y tranquilas,
sentí en mortal abrazo estremecerse
tu cuerpo, ya rendido á mi querella.

Y contemplé en el mar de tus pupilas
apagarse la tarde, y encenderse
el faro azul de la primera estrella.

X

Bajo el alto laurel, en el bosque
Venus nos fué propicia aquella hora...
Rasgaban las verduras del paisaje
el velo azul y rosa de la Aurora.

Ví mis ojos temblar en tus zafiros,
á mi tacto tu piel se hizo de seda,
y para oír la voz de tus suspiros
se detuvo la brisa en la arboleda.

El sol, tu palidez agonizante
besó, á través de la gloriosa rama,
y entre los oros de su luz triunfante

quedó temblando en el campestre lecho,
como gotas de sangre entre la grama,
algún rubí de tu collar deshecho.

XI

Las brisas del crepúsculo venían
cargadas del olor de las montañas,
y suaves al pasar estremecían
con su cálido aliento tus pestañas.

En la muerta humedad de tus pupilas
sentí desfallecer la primavera,
mientras tintineaban las esquilas
en el silencio azul de la pradera.

Al verte agonizante entre mis brazos
sentí la tentación de ahogarte en ellos...
La tarde ensangrentaba los ribazos,

y á los reflejos de su luz postrera
ardieron fugitivos tus cabellos
como un áureo vellón en una hoguera.

XII

Era la tarde como un rojo velo
que palpitante en el Poniente ardía,
mientras en el rosal azul del cielo
el nacar de la luna florecía.

Hubo en tu labio un ruego y hubo un vago
temor en tu pupila incitadora...
La fuga del crepúsculo en el lago
daba á tu tez un resplandor de aurora.

Cruzó un plañir de bronces por los llanos...
Besé tus labios y acallé tu ruego. .
Sentí en la nuca el peso de tus manos,

mirando en tus pupilas dilatadas
deshacerse en relámpagos de fuego
la negra tempestad de tus miradas.

XIII

Surgió, de pronto, tu silueta impresa
entre las sombras y á mi encuentro vino
con un encorvamiento de felino
que se dispone á devorar su presa.

Te sentí palpar entre mis brazos,
tu cálido contacto me encendía,
mientras mi débil cuerpo hecho pedazos
en tus garras de esfinge sucumbía.

Y la fiera dormida despertóse
en mi carne, y, rugiendo abalanzóse
sobre tu cuerpo, con la fauce abierta,

ávida de morder... Y cuando el día
nos alumbró, sobre tu faz corría
una azulosa palidez de muerta.

XIV

¡Oh, el despertar en el fragante prado!
Sobre mi brazo el peso de tu cuello,
y tu mano en mi hombro, y el callado
perfume de tu aliento y tu cabello!

La sonora frescura de las fuentes,
de las alondras el primer gorgojo,
y tus tímidas frases balbucientes
entre algún perezoso parpadeo...

El sueño que los músculos enerva
se borra ante los trémulos destellos
del sol que tiembla en el cristal del río.

Y luego, sacudir sobre la hierba
húmeda, al abrazarnos, los cabellos
rutilantes de gotas de rocío!

XV

Tú fuiste para el pobre peregrino.
en las fatigas de la tarde roja,
una flor que se coje en el camino,
se aspira su perfume y se deshoja.

Bajo el cándido lino de tu tienda
á mis nómadas penas sonreiste...
Amaneció. Y me perdí en la senda
mucho más solo, pero menos triste.

Disipóse en la blanca polvareda
tu silueta, á lo lejos... Hoy no queda
más que una frágil sombra que indecisa

atraviesa mis sueños balbucientes...
Sólo recuerdo el blanco de tus dientes
entre el rojo clavel de tu sonrisa.

ROMANCES

PARA MANUEL S. PICHARDO

ROMANCE AMOROSO.

—¡Paje mío, paje mío,
dime, ¿por qué estás tan pálido?
Son dos lises tus mejillas,
dos azucenas tus manos...
Las ojeras de tus ojos
como los lirios morados.

—Pasé la noche, á la luna
por tus jardines vagando;
y el perfume de tus rosas
me puso el rostro tan pálido.

—Si el perfume de mis rosas
la color te ha cambiado,
entra esta noche, á la una,
por la ventana, en mi cuarto...
¡Te haré volver los colores
con las rosas de mis labios!

El paje al sonar la una,
cruza el salón del palacio.
Calza sandalias de seda
para andar sin ser notado,
y en el cuarto de la infanta
por la ventana se ha entrado.

El sol doraba el Oriente;
cuatro veces cantó el gallo
y entre los altos rosales
el paje torna callado,
como una sombra sin vida,
igual que un muerto de pálido.

¡Doblaban lentas y tristes
las campanas de palacio!
Y en el rincón más obscuro
del ruinoso camposanto,
por orden del Rey, dos hombres
una fosa están cavando!

ROMANCE MORISCO.

Una horca están poniendo
en las torres del Alhambra
para colgar, á la aurora,
á Moraima, la Sultana.

En un potro jerezano,
armado de todas armas,
por el camino de Atarfe
el bravo Aliatar cabalga.

Ante sus ojos, cual nubes
álamos y olivos pasan,
y es tan densa y tan oscura
la polvareda que alza,
que las gentes del camino
no logran verle la cara.

Cruzando va Puerta Elvira,
y es su carrera tan rápida
que cuando la oye el oído
ya no le vé la mirada.

Bajo los cascos del potro
de Bibarambla en la plaza
lanzando chispas de fuego
las piedras rotas saltaban.

¿A qué vienes, Aliatar?
el Rey colérico exclama.
—Vengo á salvar con tu muerte
la vida de la Sultana...—

Y desenvainando el corvo
hierro de su cimitarra,
de un tajo le segó el cuello
al Rey moro de Granada.

Y la cabeza del Rey
en la punta de una lanza,
goteaba sangre, á la aurora,
en las torres del Alhambra.

CANCIONES DE NIÑOS.

PARA JOSÉ SANTOS CHOCANO

I

LA PRINCESA ENCANTADA.

La mano de un ensueño me condujo
á la Alhambra de mármol y cristal,
donde encantada yaces bajo el lujo
de un verde y llameante naranjal.

Palomita sultana! En tu cabeza
al peinarte, clavó largo alfiler
la maga que envidiaba tu belleza,
y se trocó en paloma la mujer.

Yo venceré dragones y gigantes
para llegar donde tu vida espera.
Tu áureo alfiler arrancará mi amor.

Y surgirás... El peine de diamantes
peinando el oro de tu cabellera
en la penumbra de un naranjo en flor.

II

LAS TRES TORONJAS.

Hay tres toronjas cerca de un lago;
áureos esmaltes entre el verdor.
Son tres princesas que encantó un mago
porque ninguna quiso su amor.

Una es muy rubia, su porte es grave.
La otra morena, rosa carnal...
De la pequeña sólo se sabe
que no ha existido ni existirá.

Para robarlas treparé un día
los encantados muros espesos...
Ante mis plantas caerá el dragón...

Daré á la rubia mi poesía,
á la morena daré mis besos,
y á la pequeña mi corazón.

III

CAPERUCITA.

—Caperucita, la más pequeña
de mis amigas, ¿en dónde está?

—Al viejo bosque se fué por leña,
por leña seca para amasar.

—Caperucita, dí, ¿no ha venido?
¿Cómo tan tarde no regresó?

—Tras ella todos al bosque han ido,
pero ninguno se la encontró.

—Decidme, niños, ¿qué es lo que pasa?
¿Qué mala nueva llegó á la casa?
¿Por qué esos llantos? ¿Por qué esos gritos?

¿Caperucita no regresó?
—Solo trajeron sus zapatitos...
¡Dicen que un lobo se la comió!

EL PRÍNCIPE.

—Decidme ¿visteis aquel que adoro?
 Porta en sedosa bolsa escarlata
 para mis dedos cintos de oro,
 para mis sienes velos de plata.

Bordado en gemas fulge su sayo:
 sus armas lanzan áureos fulgores...
 Bajo los cascos de su caballo
 hasta en la arena brotan las flores—→

**Canta la virgen... Por los senderos
en flor, se esfuma la primavera...
Pórtanlo herido cuatro escuderos:**

**y desolada la niña advierte
que bajo el oro de la visera
su rostro es pálido como la muerte.**

V

EL ANILLO DE LA REINA.

Está la Reina llorando á solas,
porque el anillo que el Rey la dió
cuando casaron, cayó en las olas
y un pez muy rojo se lo tragó.

--De la sortija nupcial, ¿qué has hecho?
--No la he perdido!.. Cayóse al mar...
Y el Rey celoso, en su despecho
á la Princesa mandó matar.

Solo á su estancia se fué á comer...
Un pez sirvieron sobre la mesa.
Se vió al monarca palidecer,

porque al partirlo, en él se halló
el áureo anillo que á la Princesa
al desposarse le regaló.

BALADAS.

PARA ALFREDO GÓMEZ JAIME

I

Hilábamos aquel día
á la sombra de los tilos;
giraba el huso en silencio
cuando pasó el peregrino.

—¡Oh, jóvenes hilanderas
—con trémula voz nos dijo—
de la ciudad del ensueño
es este, acaso, el camino?

Al escuchar sus palabras
de rubor enrojecimos,
y de nuestras manos trémulas
cayóse el huso y el lino.

Le indicamos el sendero,
y se perdió el peregrino...

—Hermana, ¿por qué suspiras
suspirando nos dijimos...
Y proseguimos hilando
á la sombra de los tilos

II

En la quietud de la noche
su mano llamó á mi puerta...
La lámpara se ha apagado...
¡Espérate que la encienda!

En el nocturno silencio
volvió á llamar con más fuerza .
¡Cuando acabe de vestirme
bajaré á abrirte la puerta!

La vieja llave de oro
deseché con mano trémula...
El viento apagó la lámpara;
y exclamé tímida:—Entra.

Y temerosa, apoyada
en el dintel de la puerta,
sentí el eco de sus pasos
apagarse en las tinieblas.

III

—Hermana, junto á la fuente
se acercó á pedirnos agua,
¡La sed que sació su boca
ha quedado en nuestras almas!

Su mano tocó este barro,
su labio besó este ánfora,
y desde entonces parece
que al caer en ella el agua

alguna cosa despierta...
y que es su voz quien nos habla...

—Hermana, tus manos tímidas
desataron las sandalias,
y enjugaron tus cabellos
las heridas de sus plantas...

Por eso, si me acaricias,
mi faz se pone tan pálida,
que se me escapa la sangre,
y se cierran mis pestañas.

Dejó en tus rubios cabellos
un perfume que embriaga
mi corazón de ternura
y de cariño mi alma...

—Hermana, entre aquellos álamos
que á la luna son de plata,
vimos borrarse su sombra...

•Y desde entonces, hermana,
venimos junto á la fuente,
á henchir de amargura el ánfora
donde él apoyó sus labios,
con la miel de nuestras lágrimas.

IV

—Vísteme, vísteme, hermana,
con su traje y con sus joyas:
coróname de azahares,
ponme su anillo de bodas,

que quiero, si á verme llega
antes que baje á la fosa,
que muerta y todo, me encuentre
vestida en traje de novia.

De la madera de tálamo
que hagan el féretro ahora,
y adórnalo con las sábanas
que bordé para mis bodas.

Y si él se muere de pena
al verme muerta, coloca
su cuerpo al lado del mío
bajo una carga de rosas.

Y si no viene, que sepa
que en el fondo de la fosa,
como en un lecho, le espero
vestida en traje de novia.

v

La clara luz de la lámpara
alumbra tu rostro pálido,
mientras el huso de plata
gira rápido en tus manos,
con el lino del ensueño
tu velo nupcial hilando.

La lámpara arde... Parece
que quiere decirte algo...

-«No cierres á la esperanza
tu balcón. Vendrá el amado
una noche, vacilante
como un ebrio, sujetando
los latidos impacientes
de su pecho, con las manos».

La última perla de ensueño
en la clepsydra ha temblado...
Se estremecen las cortinas...
La lámpara está esperando
que su luz trémula apaguen
unos temblorosos labios.

VI

—¿A dónde vas peregrino,
silencioso y empolvado,
las barbas enmarañadas,
rotos el sayal y el báculo,
con los cabellos al viento
sobre los hombros flotando?

—El viento arrasó mi casa.
Sal sembraron en mis campos

¡He visto á cuantos amaba
morir de amor en mis brazos!

—¿Qué buscas, qué esperas?

—Nada.

—¿A dónde vas?

—Al acaso,
como las hojas que el viento
arremolina á mi paso.

—Detente por Dios, viajero!
Hay un lecho en mi palacio
donde jamás el Amor
al pudor ha desnudado.

Vente, y dejaré mi vida
como un perfume en tus labios!—

Y alejose el peregrino
silencioso y empolvado,
con los cabellos al viento
sobre los hombros flotando,

las barbas enmarañadas,
rotos el sayal y el báculo.

Llorando quedó la virgen,
y él también se fué llorando.

VII

Llamaron quedo, muy quedo
á las puertas de la casa.

—¿Será algún sueño—le dije—
que viene á alegrar tu alma?

—¡Quizás! contestó riendo...
Su risa y su voz soñaban.

Volvieron á llamar quedo
á las puertas de la casa...

—Será el amor?—gritó, pálido,
llenos los ojos de lágrimas...

—Acaso—dijo mirándome...
Su voz de pasión temblaba...

Llamaron quedo, muy quedo
á las puertas de la casa.

—¿Será la Muerte?—le dije..
Ella no me dijo nada...

Y se quedó inmóvil, rígida,
sobre la blanca almohada,
las manos como la cera
y las mejillas muy pálidas.

VOCES PERDIDAS

PARA LUIS LÓPEZ BALLESTEROS

EL MADRIGAL DE LAS VIOLETAS.

Entre la grama de la orilla abiertas,
viendo las aguas resbalar tranquilas,
nos recuerdan á veces las pupilas
y las ojeras de las novias muertas.

¡Oh, mi primer amor!... Melancolías
futuras que tus ojos me auguraron...
¡Cogiendo una violeta se encontraron
tus manos temblorosas con las mías!

¿No te evoca, poeta, su fragancia,
á la primera novia de tu infancia,
cuyas cartas conservas bajo llaves

con el primer soneto en tus gavetas,
y de la que ahora sólo sabes
que eran sus ojos como dos violetas?

II

DEL LIBRO DEL DOLOR.

La sed que la fiebre aviva
en la llanura desierta:
¡postración del alma muerta
dentro de la carne viva!

Y un afán, sólo un afán
de paz y renunciamento...
—¡Canciones que trajo el viento
y que en el viento se van!

--¿Y los brazos enlazados
al cuello, en la despedida?

--¡Pobres brazos de la vida
bajo la tierra olvidados!

Siempre lo desconocido,
la sombra que te acompaña,
y el filo de una guadaña
sobre el cuello suspendido.

Y la inquietud de morir
y el espanto de nacer...
¡De nuevo volver á ser
para volver á sufrir!

III

LA HORA ROMÁNTICA.

La sombra de Don Juan, con paso lento
se proyecta en la calle retorcida,
espada al cinto, capa desceñida,
y la ancha pluma del chambergo al viento.

Tras las espesas rejas del convento
Inés aguarda trémula. La vida
se escapa por sus venas á medida
que se aproxima el paso somnoliento.

Brilla llena de luz una ventana...
Rezan las monjas... Y doblar se siente
al agitarla el viento, una campana.

— ¿Por quién son, Doña Inés, esos clamores?
Y ella, responde silenciosamente:
— ¡Una novicia que murió de amores!

IV

EN LA VITELA UE UN ABANICO

La lluvia, con sesgadas
líneas grises, espuma
los campos silenciosos.

Las ramas deshojadas
agitan en la bruma
sus brazos temblorosos.

Ni un gorgojo ni un eco turban la adusta calma
del paisaje sin flores...

La humedad del crepúsculo se nos mete en el alma...
Se borran en las nieblas las vidas sin amores.

Errantes peregrinos,
los húmedos cabellos á los vientos flotantes,
contemplan taciturnos sus pálidos semblantes
temblar sobre las charcas de los largos caminos.

Por los parduscos muros se desliza la lluvia
con lentitud de lágrimas, y tras la vidriera
se inclina melancólica una cabeza rubia:
el rostro todo ojos y los ojos ojeras.

Y escondida en el césped, sobre el húmedo suelo,
yace una blanca y lívida cabeza ensangrentada:
de sus ojos vidriosos en la débil mirada
se refleja la obscura pesadumbre del cielo.

La clara voz del Angelus esparce una dulzura
de paz sobre el paisaje. Hay temblor, hay ternura

de verdes hojas bajo los apagados grises
que manchan los movibles lienzos del aguacero...

Tales son ¡oh, mi amada otoñal, los países
que copiar en las sedas de tu abanico quiero!

V

EN EL YERMO.

Ni con rezos ni ayunos conseguía
borrar de su memoria el penitente
aquella blanca estatua sonriente
que aun en sueños los brazos le tendía.

El cilicio su carne enrojecía,
dobló hasta el polvo la abatida frente,
y cual herida y lúbrica serpiente
su cuerpo en espiral se retorció.

Se alzó, presa de impúdicos ardores...
Un grito de pasión ciega y rabiosa
despertó á los chacales del desierto;

y á la luz de la luna, unos pastores
en los marmoreos brazos de la Diosa
al santo cenobita hallaron muerto.

RIMAS DEL AMOR Y DE LA SOLEDAD

PARA JULIO FLÓREZ

¿Qué te dijo la música perdida
en las fragantes ráfagas del viento,
al extender los pliegues de la túnica
y agitar la ilusión de tus cabellos?

¿Qué labio ardiente te apagó la lámpara,
y en la ansiedad suprema del silencio
rasgó la frágil seda del corpiño
para aspirar las rosas de tu seno?

Y las sedosas manos de qué sombra,
resbalando entre encajes y entre velos,
se quedaron de amor estenuadas
al cálido contacto de tu cuerpo?

Pálidas y sin sangre las mejillas,
yaces como una muerta sobre el lecho.

Y mientras canta el ruiseñor, y tiembla
en el balcón la escala de Romeo,
la blanca luna, atravesando encajes,
empolva con su plata tus cabellos.

II

La noche me envolvió como un perfume;
y en el silencio tus pisadas eran
un lento resbalar de terciopelos
sobre una frágil ilusión de seda.

Tembló tu corazón bajo mi mano
con tímideces de paloma presa,
y aspiré en el aliento de tu boca
todo el perfume de la primavera.

Tus rizos me envolvieron! Y entre el vago
olor á musgo de tu cabellera,
suspirante absorví como un veneno
el acre aroma de tu carne enferma.

III

Temblabas de inquietud! Nocturnas brisas
agitando los leves cortinajes,
entre aromas campestres, nos trajeron
ecos de melancólicos cantares.

La frágil flor de luz de nuestra lámpara
deshojó sus fulgencias en el aire,
y la noche plegóse como un vuelo
á las vivas turgencias de tu carne.

Bajo el tul invisible de la sombra
tuvo tu cuerpo tibias suavidades
de musgo bajo el sol, y hasta el salobre
sabor de las espumas de los mares.

IV

Música de claros surtidores

¿qué dices á los verdes arrayanes
que tiemblan al oírte y palidecen
cual si fueran de pronto á desmayarse?

Música de los claros surtidores

¿qué caricias derrama en el aire
que al sonoro llover de tus estrellas
se estremecen las ramas de los árboles

y el ruiseñor se calla, y lentamente
deshojan su perfume los rosales?

¡Oh, mi tímido amor sin esperanza,
que ni de dichas ni de besos sabes
porque los labios que besar soñabas
ya jamás se han de abrir para besarte...

Son mis versos como esos surtidores
que en el silencio de la noche abren
en la paz del jardín, bajo la luna,
sus claros abanicos de diamantes!

V

Alma vigila tu secreto. Espera
el paso fugitivo de esa sombra
que hará en tus viejos parques otoñales
resucitar las agostadas rosas.

Espera el oro de esas frescas voces
que harán abrirse y florecer la fosas,
mientras triunfales las campanas viejas
de tu Pasión repicarán á Gloria...

¡Milagros de un amor eterno y santo
tras las miserias de esta vida sórdida!

Mesón donde el perdido caminante
cansado del camino y de la torva
pesadumbre infinita de los días,
cierra los ojos tristes, y reposa
soñando eternas dichas, en los brazos
de silencio y de paz de alguna sombra.

VI

Las lágrimas sonoras de una copla
con el perfume de la noche, entran
por mi balcón, y todo cuanto duerme
en mi callado corazón despierta

«¡Amor! ¡amor! ¡amor! Sangre de celos»
gime la triste copla callejera:
blanca paloma herida que sangrando
á refugiarse á mis recuerdos llega.

¿Ya no recuerdas aquel rostro pálido,
las pupilas tan grandes y tan negras
que te hicieron odiar al amor mismo
y maldecir la vida y la belleza,
y amar al crimen y gustar la sangre
que tibia mana de la herida fresca?

Duerme ya, corazón... Se va la música
aullando de pasión por la calleja.

Y en la paz de la noche solo late
el tiempo en el reló que, lento, cuenta
las venturas perdidas para siempre
y los dolores que sufrir te quedan.

«¡Amor, amor, amor!» ¡Que nadie bese
lo que ni en sueños mi esperanza besa!

¡Antes que en brazos de otro amor prefiero
entre mis brazos contemplarte muerta!

VII

La leve sombra de un recuerdo avanza
sin romper los cristales del silencio,
y se inclina á mi oído y en él vierte
algo que es solamente como un eco
de palabras ahogadas en la brisa
y músicas perdidas en el viento.

Y á su tacto, de súbito, se rasgan
las telarañas de la sombra, y siento

su carne palpitar entre mis brazos
y colgarse sus manos de mi cuello.

¿Quién eres? ¿Dónde estás? En mis pupilas
sólo la vaga sensación conservo
de unos labios muy rojos y muy tibios,
y unos ojos muy grandes y muy negros
que brillan en un rostro exangüe y pálido
bajo la tempestad de los cabellos...

Abro los ojos á la luz, y miro
algo como la sombra de un aliento
que humea en el ambiente, y se disipa
empañando el cristal de los espejos.

VIII

Abrí las manos sobre el surco estéril
y el trigo cayó en él. Se hizo el milagro;
surgieron y granaron las espigas,
y las hambres de todos se saciaron.

De la roca brotó la clara fuente
al golpe de mi vara,
y los labios de todos los sedientos
su sed calmaron en las frescas aguas.

¡Oh, mi insaciada eterna! Oh, tú, la Unica!
¿por qué tan tarde á mis riberas vienes?

Mi corazón es un estéril páramo...

Mi pobre alma es una seca fuente!

IX

Una profunda indecisión agita
la túnica sangrienta de mi alma.
He perdido el camino de la vida.

El Bien y el Mal me cansan,
y solo sigo el ritmo que en mis venas
las turbulencias de la sangre marcan.

No me esclaviza ni el poder ni el oro,
porque ni glorias ni riquezas sacian

este ardor insaciable de mi cuerpo
y esta sed infinita de mi alma.

¡Amor! Hubo un instante en que á la sombra
de las verdes palmeras de Samaria,
mis labios melancólicos saciaron
su ardor en la frescura de tus aguas.

Mas la sed de mi espíritu no ha hallado
en la ardiente aridez de su jornada,
bajo la sombra de las tres palmeras,
el ánfora de la Samaritana...

Sed de inmortalidad, sed de infinito
¿en qué labios en flor podré apagarla
si de amarse las almas se fatigan
y hasta los labios de besar se cansan?

Por eso voy vagando por la vida,
fugaz como la sombra de un fantasma,
sin pensar en qué fuente ni en qué árbol
frescura y paz encontraré mañana.

X

¿Qué fuistes en su vida sino un viejo
y enfermo peregrino, que, por lástima
á su edad y á lo largo del camino,
por una noche te ofreció posada?

¿No notas que la sombra de tus penas
se proyecta en la vida de la casa,
que los niños no juegan. ni la abuela
hila su cofia, ni el canario canta,

y los perros aullan cuando entras
como al paso invisible de un fantasma?

Ella dejó de hilar su blanco velo,
temiendo que á la luz de tu mirada
el símbolo más puro de sus nupcias
sirviera á sus ensueños de mortaja.

Sigue tu eterna ruta, peregrino...
Empuña tu bordón y dá las gracias...
Tu amor será como esas campanillas
azules que festonan su ventana...
Vivirá en la penumbra de una noche
para morir al sol de la mañana.

XI

Me incliné en el silencio de la noche
con el oído en tierra, por si oía
sobre la paz oscura del camino
los pasos fugitivos de la Vida.

Eran los cielos cual brillante esmalte
de azul, lleno de estrellas esculpidas,
y en la pétrea extensión de la espesura
la plata de las aguas no corría.

La mano coloqué sobre mi pecho,
y ni mi propio corazón latía...

Quise gritar y no encontré palabras;
intenté huir, pero la planta asida
permaneció en el suelo, y sentí entonces
lo que debe sentir la estatua viva
que en un gesto de mármol alza al cielo
la eterna ceguera de sus pupilas.

RECORDANDO...

PARA RAFAEL CANSINOS ASSENS

I

NOSTALGIA DE BRUMAS.

Bajo los cegadores cielos de Andalucía
turba sus claros ojos una tristeza gris:
nostalgias y saudades de la melancolía
brumosa y apagada del cielo de París.

Probó la embriaguez lúbrica de los vinos de oro,
enloqueció de amores en la florida reja,
y en fiestas de oro y sangre vió revolverse al toro
oscuro entre los pliegues de la capa bermeja.

Y entre senos de bronce y brazos asfixiantes,
sobre ojos que brillaban como negros diamantes,
evocó de otros ojos la celeste ilusión.

Y mirando del Betis la corriente serena,
recordó con tristeza la turbia agua del Sena
donde flotó el cadáver de la rubia Mignon.

II

PARAFRASIS.

De codos en la mesa, la mejilla
apoyada en el dorso de la mano,
vuelvo á sentir como una pesadilla
la calentura de tu amor lejano.

Mis ojos no te ven, pero te siento
avivar el sopor en que me postro,
y estás tan cerca que me abrasa el rostro
el cálido perfume de tu aliento.

«¡La boca mi bacío tutta tremante!»

Sobre las vivas páginas del Dante,
ciegos á nuestro instinto, nos besamos.

Vimos una mirada de agonía...

El libro, melancólicos cerramos...

¡Y no leímos más desde aquel día!

III

LEYENDO ROLLA.

En el reposo de esta alcoba, en esta
paz de damascos y de bronces viejos,
el hálito calino de la fiesta
aún empaña el cristal de los espejos.

Sobre el lecho, la piel de una pantera
parece revivir á la luz cruda,
cual si temblar sobre su piel sintiera
la calidez de una mujer desnuda.

Con temblores de sedas femeninas
palpitan en el aire las cortinas,
mientras en el balcón aspira Rolla

el último rosal de la floresta...
Siempre en los triunfos de la carne en fiesta,
¡alma, con tu dolor te quedas sola!

IV

MIENTRAS CAE LA LLUVIA.

Del alma se apodera y la ensombrece
este gris de la lluvia vespertina.
Se esfuman los contornos, y parece
que hasta la carne es hecha de neblina.

Deshilachado flota el pensamiento.
El labio apenas si un recuerdo nombra,
y cuerpo y alma disolverse siento
en la humedad salobre de la sombra.

No sé ni respirar. En torno mío
gira la torva angustia del vacío.
Abro los ojos, y una luz celeste

—la de tus ojos—el jardín reviste...
Si el duro sueño de la muerte existe
debe ser un ensueño como este!

EN EL HARÉM.

PARA FELIPE SASSONE

EN EL HARÉM.

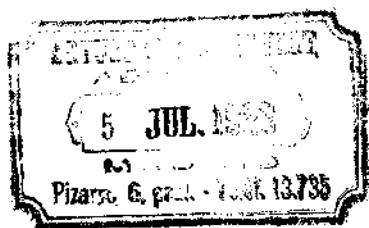
Soy un sultán poeta. De todas las cautivas
de mi harém, una sola con su esplendor me ciega:
belleza luminosa de noble estirpe griega
y manos á los juegos de amor jamás esquivas.

Sin mas velo que el oro de sus trenzas lascivas
á mis trémulos brazos, loca de pasión, llega,
y á los labios sedientos de caricias entrega
de sus mórbidos senos las rojas rosas vivas.

Arde en los pebeteros la mirra lentamente.
Tiembla de amor el hilo de plata de la fuente
perturbando la calma del paisaje dormido.

Los labios á los labios besan voluptuosos,
mientras tras los móviles tapices, envidiosos,
los pálidos eunucos murmuran al oído.

FIN



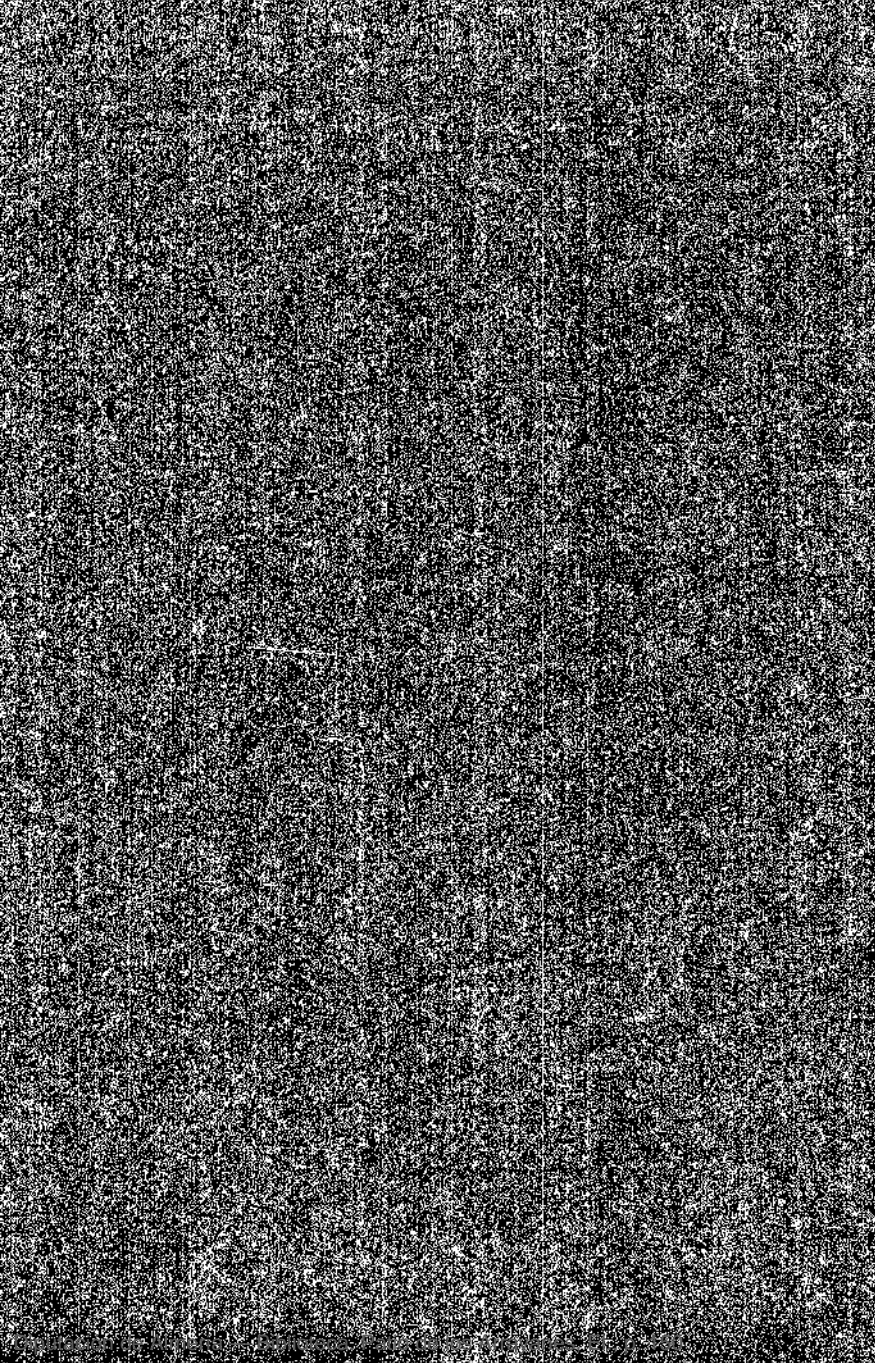
— 140 —

ÍNDICE

ÍNDICE

Dedicatoria.	
Autorretrato.	
Oaristos.	
	<u>Págs.</u>
I.—Bajo el fúnebre casco de tu pelo.....	17
II.—Bajo la protección de tus pupilas.....	19
III.—Á través de la túnica la nieve.....	21
IV.—Lo presentido de tu carne llega.....	23
V.—Al borde la túnica blanquea.....	25
VI.—Un perfume de muertas primaveras.....	27
VII.—Ella, desnuda y tímida, reía.....	29
VIII.—El aire era mortal como un veneno.....	31
IX.—Del río en los remansos cristalinos.....	33
X.—Bajo el alto laurel, en el bosque.....	35
XI.—Las brisas del crepúsculo venían.....	37
XII.—Era la tarde como un rojo velo.....	39
XIII.—Surgió de pronto tu silueta impresa.....	41
XIV.—¡Oh, el despertar en el fragante prado!...	43
XV.—Tú fuiste para el pobre peregrino.....	45
Romances.	
I.—Romance amoroso.....	49
II.—Romance mortisco.....	53
Canciones de niños.	
I.—La princesa encantada.....	59
II.—Las tres toronjas.....	61
III.—Caperucita.....	63
IV.—El Príncipe.....	65
V.—El anillo de la Reina.....	65

Baladas.	Págs.
I.—Hilábamos aquel día.....	71
II.—En la quietud de la noche.....	73
III.—Hermana; junto á la fuente.....	75
IV.—Vísteme, vísteme, hermana.....	79
V.—La clara luz de la lámpara.....	81
VI.—¿A dónde vas, peregrino.....	63
VII.—Llamaron quedo, muy quedo.....	87
Voces perdidas.	
I.—El Madrugal de las violetas.....	91
II.—Del libro del dolor.....	93
III.—La hora romántica.....	95
IV.—En la vitela de un abanico.....	97
V.—En el yermo.....	101
Rimas del amor y de la soledad.	
I.—¿Qué te dijo la música perdida.....	105
II.—La noche me envolvió como un perfume ..	107
III.—Temblabas de inquietud! Nocturnas brisas	109
IV.—Música de claros surtidores.....	111
V.—Alma vigila tu secreto. Espera.....	113
VI.—Las lágrimas sonoras de una copla.....	115
VII.—La leve sombra de un recuerdo avanza...	117
VIII.—Abrí las manos sobre el surco estéril.....	119
IX.—Una profunda indecisión agita.....	121
X.—¿Qué fuistes en su vida sino un viejo.....	123
XI.—Me incliné en el silencio de la noche.....	125
Recordando...	
I.—Nostalgia de brumas.....	129
II.—Parafraasis.....	131
III.—Leyendo Rolla.....	133
IV.—Mientras cae la lluvia.....	135
En el Harém.....	139



B. Dip. Almeria

AL-821-VIL-pat



1003017